

a dedicar su ocupación y preocupación a grupos humanos de los que quedan muy pocos representantes. Yo conocí a un equipo de norteamericanos que se dedicaban a estudiar el lacandón —lengua que hablan, como mucho, doscientas personas, repartidas entre México y Guatemala— con el fin de traducir a esta lengua la Biblia, despreocupándose del hecho de que, además, la mayoría de los lacandones son analfabetos.

España no es una excepción en esta regla. Existen amplias parcelas de nuestra realidad social totalmente ignoradas, en tanto que se desmenuzan fenómenos culturales poco importantes o en vías de desaparición.

En el lado de los más olvidados han estado los gitanos, minoría étnica francamente importante, tanto cuantitativa y cualitativamente como por el hecho de estar presente prácticamente en toda la realidad física de lo que ahora gusta tanto llamar Estado Español. Si bien la figura del gitano es un elemento que se puede encontrar con cierta profusión en nuestra literatura, lo gitano no ha sido estudiado de un modo científico. Tan sólo en los últimos años se han hecho algunos intentos que son, en el mejor de los casos, simple aproximación a la problemática de este grupo socio-cultural, con enfoques (por otro lado) muy subjetivos, cuando no dotados de un gran paternalismo que no estaba exento de una alta dosis de autoconsideración de superioridad y, por consiguiente, de racismo.

Agradadamente, el constante interrogar la realidad social española, que desde hace unos años constituye el empeño de numerosos estudiosos de las ciencias sociales, ha llevado a un grupo de ellos —el equipo GIEMS (1)— a llevar a efecto un trabajo superior al resto de los que han intentado tocar el tema, por su doble condición de: 1) salirse de la simple crónica y reunir todos los requisitos de un estudio científico, y 2) porque tal como hacen observar sus autores, es la búsqueda consciente de los problemas que son problemas para los gitanos y de las soluciones que son soluciones para ellos (2).

(1) Está compuesto por Teresa San Román, antropólogo social; Santiago Lorente, sociólogo; Juan Montes y Pablo Carvajal, urbanistas, y Carmen Garriga, asistente social.

(2) GIEMS, "Gitanos al encuentro de la ciudad: del chalaneo al peonaje". Ed. Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1976.

Otro de los aciertos de este trabajo es el estar hecho con una perspectiva urbana —toma como objeto de análisis a una muestra de gitanos de Madrid— lo que le da una orientación dinámica, le separa del estereotipo de "gitano = vendedor de burros", y consigue insertarles en el proceso de cambio socioeconómico que está aconteciendo en España. De ahí a que los datos y conclusiones tengan un valor práctico y de inmediata aplicación no hay más que un paso.

En el trabajo se puede apreciar que es el fruto y resumen de otra obra mucho más amplia. El que se haya efectuado esta reducción tiene la ventaja de que con ello se ha construido un libro asequible a todas las personas y a todos los bolsillos, pero se ha privado a los investigadores de un material que, por lo poco que conocemos, debe de ser excelente.

Por último, cabe hacer la reflexión de que un trabajo de esta índole ha tenido que surgir del esfuerzo de un grupo de investigadores que probablemente habrán gastado más esfuerzos en buscar ayudas financieras que en la realización del trabajo en sí, sin que, por suerte o por desgracia, nuestra Universidad haya patrocinado un trabajo que, como éste, debería ser objeto de interés. ■ JUAN MAESTRE ALFONSO.

TEATRO

Historia de un presidente

He visto el ensayo en una de las salas de la Universidad de Columbia, el centro donde Federico escribió su "Poeta en Nueva York". Si viviera todavía y pudiera volver a sus habitaciones de entonces, se asombraría del avance de la población negra, que ya ha dejado tras de sí la que fuera un día apacible zona universitaria. Allí, Tom O'Horgan, el director de "Hair", presentaba "Warren G. for President", que promete ser uno de los éxitos polémicos de Broadway durante la temporada inmediata.

El espectáculo revela, en definitiva, la presencia de una línea crítica que nunca ha faltado en los mejores espectáculos de O'Horgan; aunque luego el éxito acabe convirtiendo en moda, o en "tema de conversación", lo que fue planteado con una intención bien distinta. Desgracia de la que tal vez escape este "Warren G. for President", por plantear un problema que no admite abstractas universalizaciones. Se habla esta vez de los Estados Unidos, de su sistema político, de sus grandes partidos, de su cultura, a través de un personaje histórico, Warren G. Harding, Presidente de este país en la década del veinte. Obvio decir que el espectáculo se sujeta a esa mezcla de vitalidad y de ironía que es también otra característica de Tom O'Horgan, cuya personalidad —de gran interés dentro del moderno "musical" americano— quedó ampliamente reflejada en una entrevista publicada en estas páginas hace unos meses.

El ensayo que yo he visto tiene detrás muchos días de trabajo. Sin embargo —y pese a que en Nueva York los costos obligan a brevísimos períodos de ensayo—, Tom O'Horgan andaba aún afinando su ritmo, descubriendo sus posibles lagunas, pensando en lo que debía cambiarse y, lo que es muy interesante, solicitando del público estudiantil y de la minoría diariamente invitada una orientadora opinión crítica. Mientras, paralelamente, una serie de hombres del negocio teatral acudían a la sala para decidir su posible asociación a la producción y explotación del espectáculo...

"Warren G. for President" se estrenará en otoño en Broadway. Su presencia coincidirá con el clímax de la próxima campaña electoral. Y llegará al escenario para decirle al público norteamericano, a través de una serie de personajes rigurosamente históricos, que los candidatos a la Presidencia pueden ser gentes elegidas por ciertos intereses que se mantienen en la sombra, actores que se prestan a hacer el papel que esos intereses exigen. El hecho de que Warren G. Harding fuera del Partido Republicano, y que se viera metido en un escándalo político, hace pensar de inmediato en Nixon. Primero, Harding sólo es una máscara disponible, una cara y una voz aprovechables, que llega, entre vacuidades, a la Presidencia. Luego es ya una mezcla

de cínico y de tonto, que procura disfrutar de cuantos márgenes le han dejado sus tutores. Finalmente, cuando se descubren sus trampas y pierde paulatinamente el apoyo de quienes le encumbraron, es ya un hombre aterrizado que no sabe cómo salir del conflicto entre su mediocridad real y la imagen sacralizada de un Presidente. Algunos compañeros optan por el suicidio. Y él muere de un modo misterioso, no se sabe bien si involuntariamente o de un infarto providencial y democrático que le salva de la peripecia con que, medio siglo después, ha pasado Nixon a la Historia.

Ciertamente, la obra podría ser sólo un alegato contra los Presidentes inmorales. Pero es bastante más. Porque lo que el espectáculo lamenta y satiriza son los "valores" que hacen posible la catástrofe, desde la ridiculez de un falso candor puritano al gangsterismo de la práctica política, pasando por una serie de mitos de la vida americana. En última instancia, y este sería el filo más cortante del espectáculo, no es que el "sueño americano" sea traicionado por un sector desaprensivo; lo que sucede, más exactamente, es que ese sueño no tiene ninguna consistencia real, no pasa de ser algo así como un papel de plata envolviendo una castaña. Abrir el bombón, alzar en una mano el papel de plata —las canciones románticas dedicadas al paisaje o los bellos discursos presidenciales— y en la otra la castaña de los grandes intereses económicos y de su encubierta inserción en las bases del sistema sería el procedimiento seguido por O'Horgan y sus colaboradores. Unos colaboradores numerosos, con rigurosa distribución del trabajo, tal y como corresponde a este tipo de espectáculo.

La localización de la acción en los años veinte facilita la concepción de la música. Son ritmos y melodías de entonces, reelaborados ahora con un inequívoco matiz irónico. Lo que no deja de ser otro acierto frente a tanta nostalgia —y en Estados Unidos la hay en abundancia— del pasado. Porque, a fin de cuentas, si Nixon, y cuanto su Presidencia significa, ha existido en los 70, es porque fue posible que Warren G. Harding lo fuera a su vez en los años veinte. O'Horgan presenta el ayer y el presente a la hora en que tantos americanos elegirán —o creerán que elegirán— su futuro. ■ JOSE MONLEON.